

FLANAGAN FLASHBACK

Capítulo 1: Es el pasado, que vuelve

—¿Te acuerdas de Clara Longo? —preguntó Charche.

Hasta aquel momento, la mañana había transcurrido la mar de bien. Era martes, a principios de septiembre, ya quedaban pocos días de vacaciones y de alguna manera lo estábamos celebrando con un vermut en la terraza de un club de tenis creado, pensado y frecuentado por pijos con denominación de origen. Entre ellos, mi novia, Nines, que era quien me había facilitado el acceso para que pudiera llevar a cabo una investigación de esas que combinan el placer y el trabajo. En realidad, no había necesitado ni siquiera levantarme de la silla para conseguir fotos de la persona investigada, Gemma Obiols, que estaba jugando al tenis en la pista número seis, literalmente debajo de nuestros pies.

Hay detectives que opinan que la importancia de un caso viene determinada por la importancia del cliente. Según esta regla, el de Gemma Obiols era un asunto de tres al cuarto.

Una semana antes, dos días después de que empezaran las clases de los peques, se me habían presentado en el sótano del bar, donde tengo mi despacho entre pilas de cajas de cerveza y otros trastos, los miembros de una pandilla de mocosos de unos diez años que se hacían llamar Operation Destruction. Con esa especie de uniforme de camuflaje característico: caras sucias, pelos de punta y camisetas de verano polvorientas, manchadas y decoradas con frases ofensivas: «todo me da asco», «me parece que voy a vomitar», «soy el puto amo» y similares.

—Hola, Flanagan.

—¿Cómo te va el curro?

—¿Estás investigando algo?

Otra característica de esta pandilla es que suelen hablar todos a la vez, sin respetar ninguna clase de turno. Y mientras hablaban, se dedicaban a revolverlo todo y a desordenarme el despacho. Unos enredaban con las fotos y papeles con anotaciones que tengo colgados en un corcho, otro abría cajones mientras preguntaba dónde tenía la pistola, otro se apropió del ordenador y escribió la frase «Chicas sinberguensas ligeras de ropa» en el Google, otro había descolgado el teléfono con ánimo de escuchar los mensajes que me hubieran podido dejar y dos más intentaban abrir mi caja fuerte nueva tirando de la manija.

—¡Bueno, vale ya, basta! —tuve que imponerme—. ¡Quietos o suelto al perro!

La mención del perro tuvo la virtud de paralizarlos.

—¿Tienes un perro?

—¡Uau!

—¿Es de esos que salen en los periódicos porque asesinan a personas?

—No, no tengo perro. Pero si no os portáis bien, me convertiré en lobo y os atacaré, ¿entendido? —Decían que sí con la cabeza—. Pues venga, ¿qué queréis?

—Tenemos un problema.

—¡Tienes que ayudarnos!

—¡Cuéntaselo, Jimmy!

Callaron todos para dejar hablar a su portavoz, el llamado Jimmy. Era un pelirrojo despeinado, con cejas de demonio y cara cubierta de pecas, que podían ser pecas o podían ser suciedad.

—Este curso tenemos a Gemma Obiols de profa —dijo en el mismo tono que podría haber utilizado para decir: «Sufrimos un ataque colectivo de almorranas y hace una semana que no podemos sentarnos».

—Un momento —dije—. ¿Tú te llamas Jimmy?

Había visto carteles pegados en las paredes del barrio: «Jimmy Trueno. Detectibe pibado. ¡Prezios baratos!», ilustrados con el dibujo de un cuchillo que goteaba sangre.

—Jimmy Trueno, sí —dijo muy orgulloso—. ¿Te gusta mi nombre? Es mucho mejor que Flanagan: vale para un detective, pero también para un superhéroe. ¿A que mola? —Mientras sus amigos movían la cabeza al unísono para confirmar que, efectivamente, molaba cantidad, Jimmy añadió—: Yo también soy detective, pero ahora mismo no puedo encargarme de este caso porque tengo mucho trabajo para pasar al nivel diez de un videojuego.

—Bueno, ¿y qué pasa con la señorita Obiols? La conozco. Es superchula.

Me miraron mal. Como si alguien hubiera empezado a blasfemar en un cónclave de cardenales.

—¡Ja, ja, superchula! —Jimmy Trueno expresó el sentir general con una carcajada diabólica—. A mí ya me castigó el primer día. Total, por ponerle unos gusanos en el bocata del desayuno. ¿Sabías que los gusanos tienen proteínas? ¿Sabías que en China la gente se los come y que son carísimos? ¡Bueno, pues la bruja de Gemma me dejó sin recreo!

Siguió un murmullo de aprobación, acompañado de una serie de referencias simultáneas a otras injusticias flagrantes, que configuraban un completo memorial de agravios.

—Además, si no apruebas los controles, te pone mala nota —añadió Jimmy—. Y eso no puede ser porque después nuestros padres nos maltratan. Y los malos tratos están prohibidos.

—¿Dices que os maltratan?

—¡Sí!

De nuevo se desató un alboroto de opiniones diversas:

—¡Nos castigan sin tele!

—¡Nos esconden las videoconsolas!

—¡Nos obligan a leer libros!

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Y qué pensáis hacer?

Jimmy se sacó un papel arrugado del bolsillo, hizo lo posible por arrancarle una bola de chicle masticado que se le había pegado y me lo entregó. Lo tomé con dos dedos mientras anotaba en mi agenda mental que después debería lavarme las manos con algún producto ultrafuerte. En una cara del folio se leía escrito a mano: «si no kieres ke sepan esto en el alluntamiento, mas bale ke aprueves a tus halunnos». En la otra se veía la foto de un coche, un Hyundai pequeño, estacionado junto a una señal de aparcamiento reservado para minusválidos. No era necesario haber visto ni un solo capítulo de CSI para percatarse de que la señal había sido añadida a la foto original de la manera más chapucera posible con la ayuda del Photoshop.

—Le enviasteis esto anónimamente y no surtió efecto —adiviné.

—Exacto. Lo llevó a clase y nos castigó a todos. ¡Es una suciópata peligrosa!

—¡Se dice saciópata! —lo corrigió uno de sus cómplices.

—¡No! ¡Sopópata!

—¡Sacópata!

—¡¡Basta!! —aullé.

Callaron todos y Jimmy continuó como si nada:

—Pero yo seguí investigando. Y ahora sabemos una cosa muy fea de ella.

—¿Una cosa muy fea? —repetí, dominado por la aprensión.

Se miraban, sonreían diciendo que sí con la cabeza y levantando el dedo pulgar con el puño cerrado, esperando que su líder mostrara la carta ganadora.

—Sí —anunció Jimmy Trueno con solemnidad—: la señorita Obiols tiene dos novios.

Poco me faltó para echarme a reír. No es que crea que todas las parejas son fieles, claro que no, pero es que yo conocía un poco a Gemma y, más aún, a Blas, su novio, el hijo de Encarna y Juan, los pescaderos del mercado, y no me cabía en la cabeza que Gemma le pusiera los cuernos.

—Sale con un señor que va a recogerla en un BMW descapotable al callejón que hay detrás de la estación del metro.

—Anda ya —dije—. ¿De dónde os sacáis eso? ¿Tenéis alguna prueba? ¿Fotos?

—No llevaba la cámara —dijo Jimmy—. Pero lo vi. Y subió deprisa, como si se escondiera. Queremos que tú consigas pruebas. Tú —señaló a uno de sus compañeros—, dale el adelanto.

El cómplice se metió la mano en el bolsillo, sacó un arrugado billete de cinco euros y lo depositó sobre la mesa. Si el papel anterior había estado en contacto con un chicle, el billete había compartido espacio vital con un pañuelo cuyo propietario sufría problemas de rinitis crónica. Me quedé contemplando el billete, incrédulo y ofendido, y cuando levanté la cabeza, los chicos de Operation Destruction ya huían como una bandada de pájaros asustados. Jimmy se detuvo al llegar a las escaleras y todavía dijo:

—¡Pasaremos la semana que viene para recoger el informe y las pruebas!

—¡Eh! ¡Un momento...! —exclamé.

Tarde.

Bueno, no tenía ninguna intención de colaborar en su proyecto de chantaje, claro está, pero habían despertado mi curiosidad. Y, por otra parte, me moría de ganas de tener una excusa para seguir a alguien motorizado. Porque quería estrenar mi moto.

¿No os he hablado de mi moto? Pues ya he tardado, porque últimamente hablo de ella con todo el mundo y a todas horas, tanto si viene al caso como si no. Me preguntan: «¿Viste el partido de fútbol en la tele?», y yo contesto: «No, pero sí que vi la carrera de motos GP. Ah, por cierto, ¿te he dicho que me he comprado una moto?». Una Honda CBR de 125 cc, de segunda mano, sí, pero en buen estado, y muy útil para tener un poco de independencia y para seguir a sospechosos motorizados. Se había terminado eso tan poco profesional de subirse a un taxi y decirle al conductor: «¡Siga a ese coche!», y darte cuenta entonces de que no llevas dinero para pagar el trayecto; o enfrentarte a una carcajada del taxista: «Tú has visto muchas películas, chaval». Después de que mi padre me dijera: «¡Ni hablar! ¡No pienso comprarte una moto! ¡Si quieres una moto, te la compras tú!», me la había comprado con mi dinero y un poco que me prestó Nines.

Así que, para probar la utilidad de la moto, seguí un par de veces a Gemma cuando salía de casa con su modesto Hyundai de bolsillo. La primera vez averigüé en qué hiper compraba y en qué peluquería se cortaba el pelo; la segunda, Gemma aparcó el coche detrás de la estación de metro y se quedó esperando.

Esperó dentro del coche en aquel callejón por donde casi no pasaba nadie, un callejón ideal para citas discretas y secretas, hasta que llegó un BMW descapotable de

dos plazas, conducido por un tío elegante de unos treinta años, larguirucho y rubio, no exactamente feo, con una nariz de esas prominentes que dicen que otorgan carácter y personalidad. Iba vestido de blanco y azul, estilo marinero pijo, como si estuviera a punto de embarcarse en un yate. Gemma bajó de su coche, se metió en el descapotable después de un intercambio de besitos en las mejillas y arrancaron.

Jopé.

Seguir a un BMW descapotable parecía que incluso le daba más categoría a mi moto. Y el seguimiento me alejó de las deterioradas calles de mi barrio y me condujo directamente a la parte alta de Barcelona, reluciente y ordenada, poblada por gente de diseño y llena de tiendas caras y otros establecimientos distinguidos, como clubs de tenis pensados, creados y frecuentados por pijos con denominación de origen.

Y ahí estaba ahora, dos días después, con Nines y Charche, tomando un vermut y sacando fotos de la pareja de tenistas, que se daban besitos y se decían chorradas al oído cada vez que tenían que cambiar de campo y que con frecuencia se veían en la obligación de que él la abrazara por detrás, muy pegadito, para enseñarle a dibujar correctamente el movimiento del revés.

A mí me extrañaba el comportamiento de Gemma y lo lamentaba por su novio, Blas, que era amigo mío, pero decidí no meterme en el asunto y no decir ni una palabra a los chicos de Operation Destruction ni a nadie. No permitiría que nada me privara del placer de la compañía de mis amigos, del vermut, las aceitunas, las vacaciones y el solecito de mediodía.

El único incordio hasta el momento había sido la insistencia de Nines en celebrar mi inminente cumpleaños con un viaje a París.

—Ni hablar, no tengo pasta —le había dicho yo.

—¡Pero es que será mi regalo de cumpleaños! ¡No se cumplen dieciocho todos los días!

—Uau —dijo Charche—. ¡A París de gorra! ¡Qué bien te lo montas, Flanagan! ¡Y con la pava más guapa de Pijolandia! ¡Tú sí que vives bien! ¡Como la pájara esa de Gemma, menudo tío se ha buscado, seguro que él también se la lleva a París!

Tanto Nines como yo hemos desarrollado la habilidad de permitir que nos salgan por una oreja los comentarios de Charche que nos entran por la otra. De lo contrario, nos volveríamos locos.

—Que no, Nines —le dije a mi novia—. Ya pusiste el dinero que me faltaba para la moto.

—¡Pero dijiste que solo lo aceptabas como préstamo! O sea, que aún no te he regalado nada.

—Me regalas los intereses. Si me lo hubiera prestado un banco, me cobraría intereses.

Nines me tomó la mano por encima de la mesa y me miró con esos ojos del color del tabaco rubio que me provocaban síndrome de abstinencia cuando pasaba unas horas sin verlos.

—Ese dinero me lo dio mi abuela por Navidad. Me dijo: «Gástatelo en algo que te haga feliz». Y no me haría feliz ir a París yo sola. Quiero ir contigo.

—Y tu abuela está en el hospital, a punto de estirar la pata, ¿a que sí? —intervino otra vez Charche con el tacto que lo ha hecho famoso—. ¡Es prácticamente la voluntad de un muerto, Flanagan, no te puedes negar! ¡Podrías ser víctimas de un maleficio!

—Por favor, Charche —dijo Nines, ahora sí un poco enfadada—. A mi abuela ya le han dado el alta y está mejorando. Ya vuelve a estar en su casa.

—Ah, perdona. Tienes razón. Entonces, técnicamente no se puede considerar un maleficio, ¿verdad?

A Nines se le escapó una sonrisa. Hay personas, y Charche es un ejemplo, a quienes se pasan por alto cosas que a los demás nos costarían un disgusto. Simplemente porque «bueno, fulano es así, ya se sabe cómo es» y eso les da permiso para cualquier exceso.

Retomamos la discusión y yo continuaba negándome a las pretensiones de Nines. No me importaban sus argumentos: vuelos baratos, unos amigos de sus padres que nos dejarían un apartamento, ofertas escandalosas de agencias de viajes fuera de temporada. Nada. Me apabullaba una especie de terror supersticioso, pensando que, si me acostumbraba a aceptar su dinero, ya no podría detenerme y que eso acabaría interponiéndose entre nosotros. Era eso: más miedo a perderla que vergüenza.

Pero, al menos, Nines no se lo tomaba mal. Insistía, pero no se enfadaba.

Todo iba bien.

Y entonces, sin venir al caso, Charche se descuelga con la pregunta:

—¿Te acuerdas de Clara Longo?

Era el pasado, que volvía.

No sé cómo reaccioné, no lo recuerdo; pero sí recuerdo el reflejo de mi reacción en los ojos de Nines. Esa chispa como de alarma, de «qué pasa, por qué pone esa cara». Precisamente, durante las últimas semanas, a iniciativa de ella habíamos estado hablando de nuestros respectivos ex. Y debo decir que, entre las historias que formaban mi biografía sentimental, la de Clara era la que le había ofrecido en versión más reducida y expurgada. «Bueno, la primera chica con que salí, si se puede decir así, era

una heavy del cole, pero no duró nada, cuatro días, enseguida se fue del barrio». Todo un récord en el uso de la elipsis narrativa.

Charche insistía:

—Ja, ja. ¡Qué cara has puesto! ¿Ya te lo ha contado, Nines? —Nines asentía con poca convicción—. Fue su primer amor. Y, entonces, descubrió que su padre, que le llamaban el Lejía, era traficante de drogas y gracias a él lo metieron en el trullo. Y, claro, ella lo dejó. —Yo no sabía qué hacer para detener a mi amigo. ¿Señalar el cielo y exclamar: «¡Eh, mirad! ¿Es un pájaro? ¿Es un avión?»», fingir que me atragantaba con un hueso de aceituna? Charche continuaba, convencidísimo de que me estaba haciendo ganar puntos ante Nines—: Si alguna vez te dicen que Flanagan no es un tío sensible, Nines, fíjate en lo que te voy a decir: ella lo dejó, sí, pero Flanagan se pasó medio año esperándola cada día, sí, mientras escuchaba una cancioncita romántica que una vez bailaron juntos. ¿Te lo imaginas?

Nines me miraba con curiosidad mientras se lo imaginaba.

—¿En serio? —dijo. Supongo que se preguntaba por qué le habría ofrecido una versión tan resumida de esa apasionante historia—. ¿Y qué canción era?

—No me acuerdo —mentí, sintiéndome violento y ridículo.

—Pues claro que te acuerdas —me riñó Nines—. Una cosa así no se olvida nunca.

—Without You —confesé, mirando a otro lado.

—I can't live, if living is without you —citó ella con su inglés perfeccionado en Baltimore.

—No, no era esa. Era otra más cutre con el mismo título.

Charche, sin permitirnos más digresiones musicales, continuó:

—¡Exacto! ¡No podía vivir sin ella! Por esas fechas iba arrastrando los pies y mirando las paredes y a veces hablaba solo, como si tuviera un amigo imaginario, y en el cole, cuando el profe le hacía alguna pregunta, contestaba cosas como: «¿Ah?» o «¿Eh?», y a veces también decía: «¡Oh!». Lo que nos llegamos a reír. Le decías: «Eh, Flanagan», y él: «¿Eh?», y nos meábamos de risa. Bueno, es que entonces yo todavía no era su amigo. ¿A que no creías que fuera tan sensible?

—Pues no, no lo creía —dijo Nines, mirándome de una manera que me pareció demasiado insistente. Su sonrisa, de pronto, me pareció insegura—: Debiste pasarlo muy mal. El primer amor... el primer amor siempre es especial, ¿no?

—Ya está bien, Charche —conseguí reaccionar—. Entonces tenía catorce años. Y, además, no sé a qué viene ahora esta historia.

—Ah, no sé. Como hablabas de Clara...

—¿Has sido tú!

—¿Ah, sí! Es verdad. ¿Te acuerdas de Clara, Flanagan?

—¿Y dale!

—Oh, perdona. Pues lo que te estaba diciendo. Que la han detenido, que está en chirona.

—¿¿¿Qué??? —así, con tres interrogantes.

—Lo que oyes, Flanagan. Me lo contó ayer Luis, el hijo de los Luises. Se ve que andaba por el barrio de Sants y alguien le birló la cartera. Fue a poner una denuncia a la comisaría de allí y pásmate... Vio cómo metían esposada a Clara Longo en un despacho para tomarle declaración. Imagínate, encontrártela esposada después de tanto tiempo de no saber de ella. Dice que ha cambiado en estos años, claro, pero que está seguro de que era ella. Que estaba buenorra y potente, ¿eh? —Inevitablemente, derivó hacia su tema preferido—: Uau, ¡qué tía, Clara! ¡Una fiera en el insti! Con aquellas piernas y aquellas camisetas con rayos y truenos y calaveras y aquellas dos cosas delante. ¡Madre mía! Yo nunca me pude acercar a ella, pero tú estuviste de suerte, ¿eh, Flanagan? ¡Te acercaste mucho, cabronazo!

Ni las miradas más incendiarias conseguían detenerlo. Nadie puede detener a Charche cuando está inspirado.

—¿Y cuándo fue eso? —lo corté.

—Ayer, ya te lo he dicho.

—No, cuándo perdió la cartera Luis.

—Hace un par de semanas.

—¿Y por qué habían detenido a Clara?

—Ah, ni idea.

—A lo mejor deberías mirar qué le ha pasado —dijo Nines, después de un instante de duda.

—¿Por qué? —con una actitud desinteresada, más falso que un político prometiendo una vida mejor para todos—. Hace cuatro años que no la veo.

No insistió. Y Charche enseguida encontró otro tema de conversación («¡Mira, mira aquella tía de allí, qué bien le han operado las tetas!») y hasta que fue la hora de irnos hice esfuerzos por seguir todas las conversaciones y poner cara de «aquí no pasa nada», pero no me lo podía quitar de la cabeza. Clara. La imagen de una Clara esposada.

Nos despedimos a la puerta del club. Nines me preguntó si quería comer con ella, y yo le dije que no, que tenía que ayudar a servir mesas en el bar de mi padre.

Cuando llegué a casa, en lugar de hacer feliz a mi padre y ayudarle, corrí al sótano donde tengo mi despacho.

Lo primero de todo, saqué la tarjeta de la cámara donde tenía las fotos de Gemma y su tenista pijo y la guardé en la caja fuerte. Sí, ahora tengo una caja fuerte de verdad: me la regaló un vecino, propietario de una tienda de ropa, cuando cerró el negocio. Es pequeña y está un poco estropeada, pero tiene hasta esa ruedecita que hace crec-crec-crec, como en el cine, y una combinación numérica que, por sugerencia de Nines, es la fecha de mi próximo decimoctavo cumpleaños. Solo ella y yo podíamos abrirla y ese secreto compartido nos parecía el colmo del romanticismo.

Mientras guardaba la tarjeta de memoria de mi cámara, me preguntaba por qué había hecho aquellas fotos y llegué a la conclusión de que la razón era la misma por la que había seguido a Gemma en moto: o sea, para tener algo que realmente debiera estar guardado en la caja fuerte, fuera del alcance de miradas indiscretas. Si no, no se explicaba.

Inmediatamente después me abalancé sobre el ordenador y me conecté a Internet.

Clara Longo Pella. Buscar en «Noticias».

Nada.

Buscar en la Web.

Nada.

—¿Subes a ayudar, Juanito? ¡Que estamos desbordados! —se asomaba mi padre de vez en cuando.

—Un momento, que ahora tengo trabajo.

—¡Claro que tienes trabajo! ¡En el bar, ayudándome!

—¡Pero si ya te ayudé ayer!

—¡Ah, y el señor se hernió y ahora necesita una semana de vacaciones!

—Jo, papá...

—¡Cinco minutos y te quiero arriba!

—De acuerdo —contesté, resignado a la injusticia y a la arbitrariedad.

Busqué Longo y me salieron demasiados.

Como Internet no me ayudaba, fui al montón de ejemplares atrasados del periódico que mi padre pone a disposición de los clientes. Charche había dicho que hacía unas dos semanas de la detención de Clara. Seleccioné los ejemplares correspondientes al período comprendido entre el 20 y el 30 de agosto.

Por poco me lo salto. Estaba escondido en uno de esos pequeños rincones, casi invisibles, que los periodistas destinan a las noticias de poca importancia. La información era casi telegráfica.

La policía había procedido a la detención de una banda de peristas que utilizaba una tienda de todo a un euro como tapadera. Habían sido detenidos el propietario, Simón Bericart, y la menor C.L.P., de diecisiete años.

Me faltaba el aire.

Busqué directamente Bericart, Simón en las páginas blancas de Telefónica. Había uno en Sants. Constaba su dirección y su número de teléfono.

Y, sin saber cómo, me encontré con el teléfono supletorio en las manos.

Un momento, Flanagan. ¿Qué estás haciendo?

Marqué el número porque pensé que, si no lo hacía, estaría dándole vueltas todo el día, toda la semana, todo el mes, toda mi vida. Además, si el tal Simón Bericart y Clara habían sido encarcelados, probablemente no me contestaría nadie. La perspectiva de perder miserablemente el tiempo llamando a una casa vacía me animó a decidirme.

Marqué los nueve números en el teléfono fijo con una pequeña pausa entre cada uno de ellos, abrumado por la tentación de colgar.

—¿Diga?

La voz venía directamente del pasado. Era la misma voz que me había susurrado al oído, la misma voz que un día se había reído conmigo y otro me había insultado, la voz que un día de tormenta, en todos los sentidos de la palabra, me había contestado: «Adiós, Flanagan», cuando yo acababa de decirle que la quería. La voz que durante mucho tiempo había imaginado, soñando despierto que regresaba para decirme: «Aquí estoy, Flanagan. He vuelto».

«¿Diga?», la voz de Clara y caí en una especie de estado catatónico. Los reflejos se me dispararon y colgué en uno de los ataques de cobardía más miserables de mi vida.

«Jopé, jopé, jopé», pensaba...

Tomé aire.

Y, de pronto, pegué un brinco porque el teléfono sonó. Descolgué y Clara habló sin darme tiempo a decir nada:

—No vuelvas a llamarme nunca más, Flanagan. ¿Entendido?

Y el piii que indicaba que había colgado sin esperar mi respuesta.